

que el Símbolo nos lo dice tan claro, que no puede quedar-
nos la menor duda. — ¿ Con qué vosotros creéis el juicio y to-
davía pecáis ?

Esto es lo que me admira, lo que me pasma, lo que ape-
nas puedo creer á pesar que lo estoy viendo. ¿ Es posible que
creáis este juicio, y al mismo tiempo reine la impureza en
vuestros cuerpos, la blasfemia en vuestros labios, la injusti-
cia en vuestras manos, la iniquidad en vuestro corazon? ¿ es
posible? Una de dos, hijos mios, ó estais locos ó no pensais
en este juicio; aquí no hay medio, porque ningun hombre
cuerdo puede pensar en él y pecar al mismo tiempo. Si creéis
el juicio, ¿ cómo estais dispuestos para presentaros en él?...
¿ cómo os vais disponiendo?... ¡ Ay de mí! Todos os prome-
teis que en el último no os irá mal, y cási ninguno se aplica
á vivir bien. ¿ No es esto una locura? Si no lo es, no sé qué
lo será.

Tomad, hijos, el medio que os enseña san Pablo para qui-
tar al juicio de Dios todo lo que puede tener de terrible para
vosotros. El medio es llamar ahora á exámen toda nuestra
vida, hacer una sincera y humilde confesion de nuestras cul-
pas á los piés de un sacerdote, vivir en adelante con cautela
y vigilancia para no repetir las, y procurar expiarlas con mor-
tificaciones y penitencias voluntarias. Si así lo hiciéremos,
nos dice el Apóstol; si ahora nos juzgáremos á nosotros mis-
mos, no habrá Dios de juzgarnos en el último día : *Si nos-
metipsos dijudicaremus, non utique judicaremur à Domino.*
Amen.

PLÁTICA XX.

EL ESPÍRITU SANTO. — EL ALMA EN EL ESTADO DE GRACIA.

Charitas Dei diffusa est in cordi-
bus nostris per Spiritum Sanctum,
qui datus est nobis. (Rom. v, 5).

En el primer artículo del Símbolo os hablé, hijos mios, de
la Persona del Padre y de las obras de la creacion; en los seis
siguientes traté de la Persona del Hijo y de las obras de nues-
tra redencion; en este octavo me toca discurrir sobre la Per-
sona del Espíritu Santo y las obras de nuestra santificacion.
Entramos en una materia oscura, misteriosa, y muy supe-
rior á nuestro entendimiento: pero yo la trataré con toda la
claridad posible, limitándome á las doctrinas mas esenciales
y precisas.

Todos los dias teneis en los labios la Persona del Espíritu
Santo: la teneis cuando al santiguaros decís : *En nombre del
Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*: la teneis todas las
veces que rezando el santísimo Rosario concluís sus decenas
diciendo : *Gloria al Padre, gloria al Hijo, gloria al Espíritu
Santo*. Pero ¿entendeis vosotros lo que es este Espíritu Santo
que á cada momento nombrais? Soy de parecer que si yo os
preguntáse á cada uno en particular ¿qué es el Espíritu San-
to? pocos sabríaís qué contestarme.

El Espíritu Santo, pues, es la tercera Persona de la san-
tísima Trinidad, realmente distinta del Padre y del Hijo de
quienes procede: igual en todo al Padre y al Hijo que la es-

piran ; Dios único con el Padre y con el Hijo, de quienes personalmente se distingue. Muchas cosas he dicho en pocas palabras ; para que las entendais, os las expondré ahora por separado y con mas distincion.

He dicho en primer lugar, que el Espíritu Santo es la tercera Persona de la santísima Trinidad. Así como á la primera conviene el nombre de *Padre*, y á la segunda le es propio el nombre de *Hijo* ; así la tercera se distingue con el nombre de *Espíritu Santo*. Mas ¿por qué, me diréis vosotros, se da particularmente el nombre de *Espíritu Santo* á la tercera Persona ? ¿El Padre no es tambien espíritu y santo ? ¿El Hijo no es igualmente espíritu y santo ? ¿Por qué, pues, se atribuye como propio el nombre de Espíritu Santo á la tercera Persona, pudiéndose igualmente atribuir y conviniendo á las otras dos ? Esto nace, dice santo Tomás ¹, de que la tercera Persona procede del Padre y del Hijo por *espiracion*, ó sea por via de amor y voluntad ; y como no se encuentra un nombre propio para expresar esta procedencia, nos es preciso expresarla con el nombre comun de Espíritu Santo.

El modo con que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, es lo que mas debeis entender ; porque en esto consiste la distincion de esta tercera Persona de las otras dos. Ya he dicho que procede por via de espiracion, de amor, de voluntad. Así como el Padre conociéndose *ab aeterno* á sí mismo y sus infinitas perfecciones, con este conocimiento engendra al Hijo ; así el Padre y el Hijo amándose mutuamente á sí mismos, con este recíproco amor espiran *ab aeterno* al Espíritu Santo.

Advertid, pero, que aunque el Espíritu Santo procede del

¹ D. Thom. 1 part. quæst. 36, art. 1.

Padre y del Hijo, es Dios como ellos, porque tiene la misma naturaleza divina ; igual á ellos en poder, en dignidad, en perfeccion, en todo. No importa que nombrando las tres Personas divinas siempre pongamos al Espíritu Santo en el último lugar ; esto no indica que sea inferior, dependiente, ni desigual : se hace únicamente porque así lo exige el orden de procesiones.

Ya sabeis que aunque las tres Personas divinas sean un solo Dios, y que lo que hace la una fuera de sí lo hacen tambien las otras ; esto no obstante, unas obras se atribuyen al Padre, otras al Hijo, otras al Espíritu Santo. Al *Padre* se le atribuye la *creacion*, porque es obra del poder ; al *Hijo* la *redencion*, porque es obra de sabiduría ; al *Espíritu Santo* la *santificacion*, porque es obra de amor. Por manera que todo lo que contribuye á la santificacion de nuestras almas, como el temor de la justicia divina, el odio del pecado, la esperanza del perdon, el amor de la virtud, la caridad, la gracia, las virtudes, todo, todo es obra del Espíritu Santo. Por esto decia san Pablo, que la caridad y gracia de Dios se han derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado : *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis*.

Para que comprendais mejor los admirables efectos que el Espíritu Santo produce en nosotros, os pondré á la vista la gran felicidad de una alma, que despues de haber sido esclava del pecado, se reconcilia con Dios y vive en estado de gracia. Asunto interesante, hijos mios, que al paso que os manifestará los inestimables frutos del Espíritu divino, os estimulará á buscar la gracia de Dios por medio de la penitencia.

Me parece, hijos míos, estar oyendo á una alma pecadora, que viéndose privada de la gracia de Dios, desamparada del Espíritu Santo, despojada de los méritos que poseía antes que cayese en la culpa, se lamenta de su desgracia, y exclama cual otro Job : *Quis mihi tribuat, ut sim juxta dies pristinos?* ¿quién me concediera volver á los días de mi inocencia, á aquel tiempo dichoso en que, viviendo en gracia de Dios, me veía favorecida del Espíritu Santo, rica de méritos y rodeada de mis buenas obras como una madre de sus caros hijos? ¡Ah días felices, cómo habeis pasado! ¿Volveréis, días venturosos, volveréis?...

Consuélate, alma afligida, consuélate; pues está en tu mano, ayudada de la divina gracia, volver al estado feliz en que te hallabas antes que cayeses en pecado. Algunas lágrimas, una humilde confesion, una sincera penitencia de tal modo te renovarán, que no solo revivirán tus buenas obras, no solo recobrarás tus pasados méritos, sino que el Espíritu Santo de tal suerte te limpiará, que ninguna señal te quedará de tus pasadas culpas; de tal suerte te restituirá tu primera inocencia, que ni tan solo se conocerá hayas sido pecadora; de tal suerte te volverá las joyas de sus dones, que quizá quedarás mas rica, mas bella, mas amable de lo que eras antes. ¿Lo crees?... Voy á manifestarlo con la Escritura santa.

El hijo pródigo vuelve arrepentido á la casa de su padre, se arrodilla á sus piés y confiesa humildemente su culpa. Padre, le dice, he pecado contra el cielo y contra vos: yo no soy digno de ser llamado hijo vuestro, ni tengo valor para suplicaros que me reconozcais por tal; solo os pido que me recibais en vuestra casa en clase de criado. Viendo el piadoso padre el arrepentimiento del hijo, ¿qué hace? ¿qué dice?

¿qué responde? *Citò*, dice á sus criados, *proferte stolam primam, et induite illum*: traed al momento sus primeros vestidos, y ponédselos.—Pero, buen viejo, ¿qué vestidos son esos que mandais traer? ¿son los que el hijo se llevó cuando huyó de vuestra casa? mirad que están tan estropeados que no pueden servir.—No son esos, responde el buen padre, los vestidos que yo pido; sino aquellos que él llevaba cuando vivía en mi casa, en mi obediencia, en mi amor. Vengan luego esos vestidos, y pónganse inmediatamente á mi hijo: *Citò proferte stolam primam, et induite illum*.

¿Lo entiendes, cristiano pecador, lo entiendes?... Este hijo pródigo fuiste tú cuando por el pecado huiste de tu Padre celestial; este vestido primero era la gracia, la inocencia, el candor que tenía tu alma antes que pecases; pero si tú vuelves arrepentido á la casa de este buen padre; si tú te arrodillas á sus piés en un confesonario; si tú le confiesas sinceramente tu culpa, viendo él tu dolor y humildad, ¿qué hará? ¿qué dirá? *Citò*, dirá á los Ángeles, que son sus criados, *proferte stolam primam, et induite illum*: traed al punto aquel vestido de gracia é inocencia que llevaba este mi hijo antes que me ofendiese, y ponédselo.

¿Cuál será tu dicha, hijo mío, cuando los Ángeles á porfía te irán vistiendo aquel ropaje glorioso, tejido con hilos de caridad y hermoseado de varias virtudes, *in vestitu deaurato, circumdata varietate?* ¿cuál tu contento, cuando otra vez te veas adornado con aquel vestido de pureza que llevabas en los días de tu inocencia? ¡Oh! ¡con cuánta razon podrás decir á los Ángeles lo que aquella mujer del Evangelio decía á sus amigas: *Congratulamini mihi, quia inveni drachmam quam perdideram*: dadme el parabien, pues he recobrado la joya que habia perdido! lo que habia perdido por el

pecado, lo he hallado por la penitencia ; la hermosura que me habia quitado la culpa , me la ha restituido la gracia : *congratulamini mihi*, dadme la enhorabuena...

Si que la mereces , alma feliz ; pues se cumple en tí lo que el Señor tenia mandado en el capítulo XXI del Éxodo. Si compras un esclavo hebreo , decia á su pueblo , te servirá siete años , y pasados estos le dejarás libre. Con el vestido que habrá entrado en tu casa , con él saldrá. Si tenia mujer , la mujer saldrá tambien libre con él. Si durante los siete años de esclavitud le nacen hijos , estos serán del señor ; pero él quedará libre con todo lo demás.

Hijos míos muy amados , pecando mortalmente caísteis en la mas lamentable esclavitud del demonio ; pero si volveis á Dios por la penitencia , él os dará libertad ; por manera que saldréis de la esclavitud con todo lo que teníais cuando entrásteis en ella : y aunque los hijos que os han nacido durante el cautiverio quedan del demonio , quiero decir , aunque las buenas obras hechas en pecado no os servirán de nada ; no obstante todo el bien que hicísteis antes , revivirá por la penitencia y recobraréis todos los méritos que teníais. ¿Y esto , carísimos , no os excita , no os mueve á dejar el pecado y á convertirlos á Dios ? Si no lo haceis , bien lo deberíais hacer.

¿Y cómo será posible que no lo hagais , si reflexionais que junto con las obras buenas recobraríais tambien todas las virtudes ? Gracia y virtudes , dice santo Tomás , van siempre inseparablemente unidas. Así como una reina va siempre acompañada de camaristas que la sirven ; así como el sol está siempre rodeado de planetas que le obsequian ; así como una corona imperial está siempre circunvalada de hermosos diamantes que la adornan ; del mismo modo la gracia santi-

ficante va siempre acompañada de las virtudes , que como camaristas la sirven , como planetas la obsequian , como diamantes la adornan. Cuando ella entra en una alma por la penitencia , entra tambien el hermoso y variado coro de las virtudes : entra la castidad con su fisonomía angelical y embelesadora ; entra la modestia con su aspecto lívido y verecundo ; entra la humildad con su genio pacífico y suave ; entra la fortaleza con su humor marcial y guerrero ; entra la justicia con su carácter recto é inflexible ; entra la prudencia con su cara anciana y venerable ; todas , dice el angélico Doctor , todas las virtudes entran en el alma por la penitencia : *Per pœnitentiam omnes virtutes restituuntur*.

¡Oh qué hermosa queda el alma adornada con estas nuevas galas ! ¡qué bella se presenta otra vez á la vista del Señor ! Es como una esposa en el dia que se presenta á su esposo , tan jovencita , tan amable , tan hermosa , que Jesucristo , esposo celestial , pregunta como admirado : *Quæ est ista , quæ ascendit de deserto ?* ¿quién es esa criatura que sube del desierto de la culpa tan hermosa y amable ? Y el alma ¿qué responde ? Verecunda y medio sonrojada , dice : ¿que os admirais , Esposo mio , de mi hermosura , sabiendo que ella es obra toda vuestra ? Si Vos no hubiéseis bajado tan ensangrentado de la cruz , yo no subiria tan bella del desierto de mi culpa : si yo no me hubiese bañado en vuestra sangre divina , no me presentaria hermosa como soy : vuestra sangre , Jesús mio , vuestra sangre aplicada sobre mí en la confesion , es la que ha purificado mi vida , *posuit immaculatam vitam meam*.—Fieles míos , si este eterno coloquio entre Jesucristo y el alma convertida no os excita á la conversion , cási no sé qué mas deciros.

Os diré por último con santo Tomás , que á veces el alma

convertida se levanta de su pecado con un amor de Dios mas perfecto que el que tenia antes de ofenderle, y que en consecuencia el Señor la eleva á un grado mas alto de santidad, y la admite á un trato mas familiar y amistoso, que el que le permitia cuando era inocente. Vedlo sino en san Pedro. Dijo Jesús en la última cena en presencia de todos los Apóstoles : uno de vosotros me venderá. San Pedro deseaba saber quién seria el traidor ; pero no atreviéndose á preguntarlo él mismo se valió de san Juan. Despues de su pecado vió un día que san Juan seguia á Jesús, y entonces sin reparo alguno le pregunta : *Domine, hic autem quid?* ¿Qué es eso, buen Apóstol? Cuando eras inocente no te atrevias á hacer preguntas á Jesucristo, ¿y ahora que has pecado, osas? Es, dice el cardenal Cayetano, que los convertidos entran á veces en una comunicacion con Dios mas íntima y franca que la que tenian antes de su culpa ; y aun llegan frecuentemente á ser mas queridos del Señor, que aquellos que nunca le ofendieron.

Observad como en la Escritura santa los hijos segundos se ven cási siempre preferidos á los primogénitos. Primogénito era Cain ; pero mas favorecido de Dios fue Abel : primogénito era Ismael ; pero mas estimado fue Isaac ; primogénito era Esaú ; pero mas querido fue Jacob. Notad que, segun la doctrina de los santos Padres, los primogénitos representan los inocentes, á quienes á veces el Señor prefiere los hijos segundos, es decir los que han sido grandes pecadores. En efecto, cuando Jesucristo trató de dar un príncipe á su Iglesia, no eligió para este cargo á Juan, hombre inocentísimo ; sino á Pedro que habia sido un perjuro : cuando quiso formar un Apóstol que llevara su nombre por todas las naciones, no echó mano de Santiago, hombre que nunca habia

cometido culpa grave ; sino de Pablo que habia sido un gran blasfemo y aun insigne perseguidor de su Iglesia.

Todas estas reflexiones os hacen ver, hijos míos, la gran dicha á que aun podríais llegar, si una vez os resolviéseis á dejar el pecado y convertirlos sinceramente á Dios. Yo sé que muchos de vosotros sois pecadores, no por malicia, sino por fragilidad ; no por gusto de ofender á Dios, sino por no saber resistir á las pasiones ; no enamorados del vicio, sino miserablemente engañados del demonio. Yo sé que muchos vais pasando los años en vicios y pecados, no porque esteis contentos en vuestra vida mala, sino porque viéndoos tan grandes pecadores, os parece imposible que el Señor os admita otra vez á su divino amor. Pero alentaos, amados hijos ; cobrad ánimo, hijos amados ; pues si quereis, no solo podeis salir de vuestro infeliz estado, sino que podeis llegar á conseguir grandes virtudes, á ser grandes santos y muy estimados del Señor. Dios no espera sino que os resolvais para daros la mano y ayudaros á subir al cielo. Resolveos, pues, y experimentaréis la felicidad de que goza una alma en estado de gracia. Amen.

PLÁTICA XXI.

LA IGLESIA CATÓLICA.

Vocati estis in societatem Jesu Christi Domini nostri. (*1 Cor. 1, 9*).

Despues de habérsenos hablado en el octavo artículo del Espíritu Santo, en este nono pasa á hablarnos de la Iglesia, cuya autoridad reconocemos diciendo : *Creo la Iglesia católi-*